

Javier de Viana



**Realidades
Amargas**

textos.info
biblioteca digital abierta

Realidades Amargas

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7807

Título: Realidades Amargas

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 9 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Realidades Amargas

El viejo Nicéforo no profesaba simpatía ninguna por la escuela. ¡Oh, ninguna!

Su espíritu rutinario, arraigado al suelo con tentáculos de ombú, negábase a aceptar la utilidad de aquello que nunca necesitaron los antiguos para vivir bien y honestamente.

Las personas «sabidas» que él conoció, fueron los procuradores, los jueces y los pulperos, y de todos ellos tuvo siempre el concepto de que eran «árboles espinosos a quien nadie podía acercarse sin salir pinchao».

Pero, aparte de eso, la experiencia en carne propia justificaba su rencor. En efecto, de sus tres hijas, la menor, Sofía, se crió en el pueblo con la patrona del campo, misia Sofía, su madrina.

Cuando, cumplidos doce años, regresó al rancho paterno, estaba convertida en una «señorita».

Orgullosa de su superioridad, trataba desdeñosamente a sus hermanas; estomagábanle las rudas ocupaciones a que ellas se consagraban con valentía y llenaba sus ocios mofándose de sus ignorancias, de su hablar «campuso», de sus desgarbos, de sus timideces.

Resistióse formalmente a ordeñar, lavar y cocinar, alegando su desconocimiento de tales quehaceres viles que echan a perder las manos. Y ella cuidaba con extrema coquetería sus pequeñas y regordetas manos de criolla.

Su único comedimiento era para hacer dulces y golosinas, las cuales, a fuerza de complicadas, repugnaban las más veces a las hermanas y, con mayor razón al hermano Pedro y a don Nicéforo.

—¡Salí con esas misturanzas que parecen remedios de botica!
—rechazaba el último.— A mí dame mazamorra con leche, arroz con

leche, zapallo con leche, pero no me vengas con esas pueblerías de engrudos perfumados!

—¡Claro, a lo gaucho no más!

—¿Y qué?... ¿Somos manates nosotros?

—Vos no, pero yo sí.

—Y güeno, m'hijita, hacete pa vos esos «chumbiaos» y esos «palenques» y deja que tus hermanas cocinen pa nosotros natilla planchada y camotes en almibara, a la criolla, sin clavos de olor, ni vainilla, ni otras extranjerías que estragan el gusto.

La hermana mayor, Francisca, se casó con un honrado y laborioso puestero del mismo campo. La segunda, Malvina, tenía noviazgo con un chacarero vecino.

—¿Y vos, Sofía, cuándo pensás casarte? —preguntaba irónicamente Pedro.

—Cuando vuelva al pueblo, che, porque yo no estoy para unirme con un campuso y envejecerme haciendo hijos y lavando platos y ordeñando vacas!...

Poco después fué a pasar una temporada en el pueblo, con su madrina... y no regresó. Embaucada por un aventurero ladino, y poco después abandonada, se hundió en la ciénaga...

Francisca vivía feliz en laborioso hogar prolífero. Malvina se casó a su turno, y también Pedro, quien quedó en el rancho paterno, substituyendo en la dirección del puesto al ya viejo Nicéforo.

Cuando el hijo mayor de Pedro llagó a la edad escolar, hubo que mandarlo a la escuela, so pena de sufrir los rebencazos de las multas.

El abuelo aceptó apesadumbrado la imposición, presintiendo nuevas angustias —si no para él, «que estaba por desensillar el antes potro y ahora mancarrón maceta de la vida»— para su buen hijo.

Todas las tardes, apenas el chico se apeaba de su petizo, de regreso de la escuela, el viejo lo interrogaba:

—¿Qué t'enseñaron hoy?

—Los huesos dei cuerpo humano.

—¿Y cómo se llaman?

—Se llaman —respondió el niño indicando las partes:— el cráneo, la mandíbula, el omóplato, la clavícula, el esternón, la columna vertebral ...

—¡Ah! —esclamó indignado don Nicéforo. ¿Conque están cambiando la idioma?... ¿conque ya la cabeza y la carretilla y la paleta, y la islilla y la paletilla y el espinazo ya no se nuembran asina?

—No, tata viejo.

—¿Y pa qué sirve cambiarles de nombre?

—No sé, tata viejo.

—¿Ves, Pedro? —dijo ccn honda amargura el abuelo.— ¿Ves pa lo que sirve la escuela?... P'aprender pavadas!... Saben tuitos los nombres de las mariposas y de las flores extrajeras, pero no saben cuando se siembra el maíz, ni cuando se siega el trigo, ni hacer una parva, ni uñir un güey!...

—¿Quién sabe, tata!... Yo he oído decir qu'estruirse es una cosa muy güeña...

—¿Estruirse en bobadas sin aprender lo necesario pa ganarse la vida?... ¿O me vas a decir qu'es más útil el jardín que la güerta?...

—No digo, tata... Pero pueda ser que vengan otras escuelas mejores... Los tiempos cambian...

—¡Pues esperá a que cambeen pa mandar tu hijo a la escuela!... ¡Esperá a que haigan escuelas ande s'enseñe a los muchachos lo necesario pa ganarse honradamente la vida!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.